

SOCIEDAD Y CREENCIAS EN LA VEJEZ

Julio Seoane

Catedrático Psicología Social. Universidad de Valencia

PLANTEAMIENTO

La vivencia de que están transcurriendo los últimos años del siglo, que a su vez es el que marca el final de un milenio, es uno de los sentimientos más creativos de los momentos actuales; posiblemente ese sentimiento ha facilitado el desarrollo de la crítica postmoderna, los análisis sobre la sociedad postindustrial y el estudio del cambio de valores, entre otros planteamientos intelectuales de nuestro tiempo. Los finales producen ansiedad de futuro, y realmente la previsión y la predicción constituyen la moda o la necesidad de estos últimos años; ecología, pacificación, globalización y otras muchas tendencias analizan problemas del presente pero, principalmente, se proyectan hacia el futuro con auténtica necesidad de predicción y de cambio.

Resulta curioso observar, sin embargo, que dentro de las descripciones de los paisajes futuros no ocupan, hasta ahora, un lugar importante los viejos o, mejor dicho, el envejecimiento de las poblaciones occidentales. ¿Cómo es posible analizar y desarrollar el pensamiento postmoderno sin tener en cuenta el progreso creciente de la edad de los ciudadanos de nuestras sociedades? (Seoane, 1993) ¿Existe una posible relación entre actitudes hacia la paz y el envejecimiento progresivo? ¿El respeto por la vida y por el medio ambiente tiende a desarrollarse a medida que nos hacemos mayores? Estas y otras muchas preguntas han estado hasta ahora casi totalmente ausentes de los estudios y planteamientos tanto del presente como del futuro, pero cada día se hace más evidente que el próximo siglo estará configurado por múltiples aspectos, más o menos problemáticos,

todos ellos matizados y elaborados a través del significado de amplios sectores de la sociedad con edades avanzadas.

Hasta hace poco, durante las décadas de los 60 y los 70, las actitudes y estereotipos hacia la población vieja se limitaban en muchos casos a percibirla como un sector pobre de la sociedad, débiles y enfermizos, con frecuencia hospitalizados, sufriendo aislamiento social y con una manifiesta irrelevancia política. Esa imagen ha sufrido cambios radicales en los últimos años, aunque también con perfiles rígidos y estereotipados; a medida que el sector productivo de las sociedades se enfrenta a la crisis del bienestar, los viejos adquieren tintes privilegiados y con frecuencia responsabilizados del gastos público excesivo; se les percibe con recursos, libres de cargas familiares, aliviados de impuestos y receptores elevados de los beneficios asistenciales.

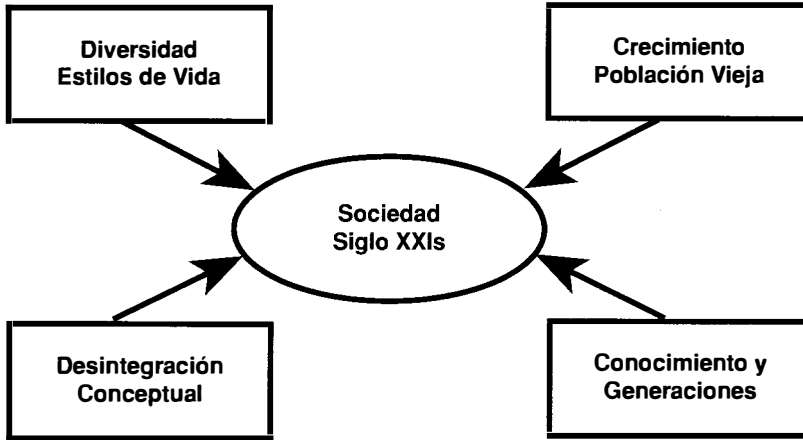
A medida que los mayores ocupan un lugar más amplio en la sociedad, se hace evidente el error de homogeneizar ese sector de la población, ignorando su tendencia cada vez más pronunciada hacia la diversidad. Las generaciones futuras de población vieja serán cada vez más diversas, menos homogéneas y, por tanto, más ricas en aspectos y diferenciadas en cuanto a sus efectos sobre la socie-

dad.

No resulta nada fácil presentar un panorama de los posibles impactos que el envejecimiento tendrá en la problemática del próximo siglo. Pero al menos existen unos cuantos factores lo suficientemente sugestivos como para comenzar a reflexionar sobre ellos; el Gráfico 1 pretende esquematizarlos para facilitar su posterior desarrollo.

Los fenómenos relacionados con el crecimiento de la población vieja, con la diversidad que se está produciendo en los estilos de vida de estos sectores de la población, con la misma desintegración conceptual cada día más visible del término «viejo» y de todos los demás sucedáneos, así como el impacto en el conocimiento de la diferentes generaciones de viejos, constituyen quizá los factores principales que configuran parte de la problemática del próximo siglo.

Gráfico 1. SOCIEDAD VIEJA



CRECIMIENTO DE LA POBLACION VIEJA

Poner de manifiesto el aumento de la proporción de personas mayores en las sociedades occidentales desarrolladas es una práctica interesante y necesaria, pero completamente insuficiente. El envejecimiento de la población es un síntoma de un panorama mucho más complejo, donde sería conveniente incluir también la reducción de la fecundidad, así como el denominado «tono vital» de los pueblos, el sentimiento subjetivo de confianza o desconfianza en el futuro, y hasta del nivel de conciencia del papel histórico que desea jugar una co-

munidad determinada. Todo ello configura un síndrome que hace referencia a la juventud o envejecimiento de una sociedad, a su crecimiento o decadencia, en definitiva, al momento histórico de su evolución cultural. Es conocido, por ejemplo, que los países vencedores en la II Guerra Mundial manifestaron durante los años 50 y 60 un aumento de las tasas de fecundidad, de su tono vital como pueblos, acompañado de una intensa confianza en el futuro y en el papel histórico que esperaban desempeñar.

No parece posible, en los momentos actuales, realizar un diagnóstico similar de esos mismos países, al me-

nos en términos generales. El síndrome completo de envejecimiento es ahora una descripción más real, y además con una potencia sorprendente. Veamos algunos indicadores que,

por sabidos, no dejan de producir un fuerte impacto intelectual. En la Tabla 1 se ofrecen las proporciones de personas de 65 años en adelante en 14 países desarrollados.

Tabla 1. PORCENTAJE DE MAYORES DE 65 AÑOS

	Año	%	Año	%	Año	%	Año	%
Australia	1911	4.3	1933	6.5	1947	8.0	1985	10.2
Austria	1900	5.0	1927	6.8	1951	10.6	1985	14.3
Bélgica	1900	6.2	1930	7.6	1947	10.7	1985	13.8
Canadá	1901	5.1	1931	5.6	1951	7.8	1985	10.4
Dinamarca	1901	6.7	1935	7.5	1945	8.4	1985	15.1
Francia	1901	8.2	1931	9.4	1950	11.8	1985	13.0
Alemania	1900	4.9	1933	7.4	1951	9.3	1985	14.8
Gran Bretaña	1901	4.7	1931	7.4	1950	10.8	1985	15.1
Holanda	1899	6.0	1930	6.2	1950	7.7	1985	12.1
Nueva Zelanda	1901	2.1	1936	6.6	1951	9.6	1985	10.2
Noruega	1900	7.9	1930	8.3	1950	9.6	1985	15.7
Suecia	1900	8.4	1930	9.2	1950	10.3	1985	17.2
Suiza	1900	5.8	1930	6.9	1950	9.6	1985	13.9
USA	1900	4.1	1930	5.4	1950	8.1	1985	11.9

Fuente: Johnson y Falkingham, 1992

Como puede observarse, estos catorce países fluctuaban a principios de siglo entre el 2.1% (Nueva Zelanda) y el 8.4% (Suecia) de viejos o, si se prefiere, mayores de 65 años. En el año 1985 esos porcentajes habían al-

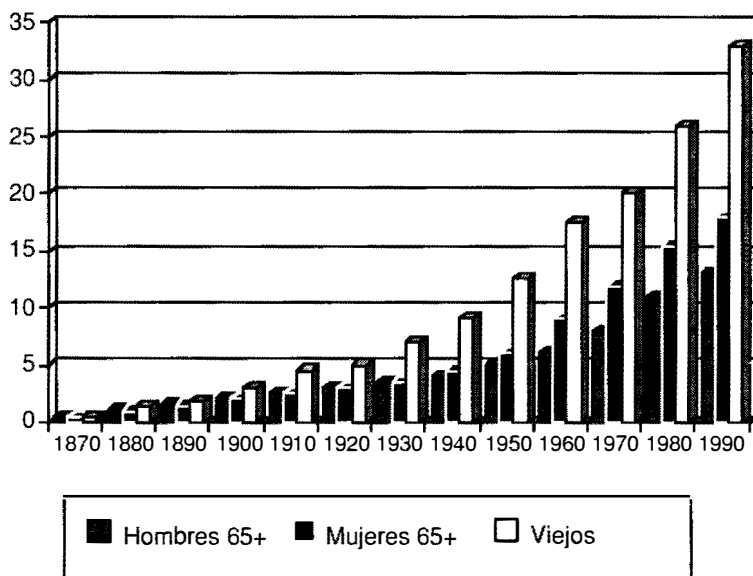
canzado entre el 10.2% y el 17.2%, es decir, se habían triplicado en muchos casos. En los momentos actuales estamos alcanzando casi un 20% de promedio; a comienzos del siglo XXI, muchos países tendrán 25 personas

mayores de 65 años por cada 100 habitantes, es decir, un cuarto de su población será «vieja», «anciana» o cualquier otro término preferido para enfrentarse a este sorprendente hecho.

Sin embargo, no es el crecimiento simple de la población de mayores la característica más peculiar de este fenómeno; existen otros aspectos con amplia repercusión. Por ejemplo, la diferenciación progresiva en el incremento de hombres y mujeres mayores de 65 años, la aceleración de estas proporciones y, en consecuencia de

todo ello, el incremento diferencial por grupos de edad. Veamos algunos casos; en el Gráfico 2 se representa la población de viejos en Estados Unidos entre 1870 y 1990, tanto en conjunto como por sexos. Lo primero que salta a la vista es que el conjunto de esa población se duplica ampliamente entre 1930 y 1960, y se vuelve a duplicar en 1990, es decir, cada 30 años, alcanzando alrededor de los 32 millones de viejos. La diferencia entre hombres y mujeres se inicia tímidamente por los años 30 hasta alcanzar alrededor de los 8 puntos en 1990, a favor de las mujeres.

Gráfico 2. POBLACION DE VIEJOS



Fuente: Thompson, 1994

La expectativa de vida de las mujeres es, por término medio, de alrededor de unos 8 años superior a la de los hombres en los países occidentales. Sin embargo, algunos analistas insinúan que esa diferencia se estancará e irá descendiendo, a medida que la mujer se incorpora progresivamente a los riegos vitales y profesionales de la sociedad actual. Pero además estas diferencias fluctúan ampliamente según estemos hablando de zonas rurales o urbanas, de distintos lugares de cada país, de población emigrante o autóctona, o de blancos y negros en el caso de los Estados Unidos.

Por último destacar que el incremento de esta población es muy distinta si tenemos en cuenta diferentes cortes de edad. En términos generales, por ejemplo, en los últimos 20 años los hombre viejos mayores de 65 años han aumentado en un 55%; pero frente al 43% de incremento de los comprendidos entre 65-69 años, los de 85 y más años han aumentado ¡en un 86%!

En definitiva, el crecimiento de la población vieja resulta espectacular tanto si la consideramos en los momentos actuales como cuando la observamos en una perspectiva de futuro, alcanzando muy posiblemente un cuarto de la población de los países occidentales para el próximo siglo. Este panorama, junto con sus diferen-

cias y diversificaciones, no constituye simplemente un problema económico para la sociedad del bienestar; este es un planteamiento corto y miope de un fenómeno mucho más amplio y abarcador. Significa, por un lado, la crisis del «modelo joven» para la construcción de las sociedades; y, por otro, representa un envejecimiento de la sociedad, cualquiera que sea su valoración, con extensas repercusiones en la política, en la cultura y en las relaciones sociales.

DIVERSIDAD EN LOS ESTILOS DE VIDA

Las distintas perspectivas que hasta ahora se han empleado para enfrentarse al fenómeno de la vejez, están recibiendo fuertes críticas desde varios ángulos. Por un lado se acusa a los académicos, a los distintos profesionales del campo y a las diversas políticas sociales establecidas, por haberse enfrentado a la vejez como si estuviera compuesta por un grupo homogéneo de personas. La homogeneización de la vejez, el no reconocimiento de su diversidad, ha producido injusticias, fracasos y una gran cantidad de prejuicios sobre ella; por ejemplo, el estudio y las investigaciones sobre la institucionalización de los viejos está claramente hipertrofiado y responde claramente a un estereotipo,

go de pobreza en las personas mayores: la expectativa de vida, el estado civil, el modo de vida y el tipo de trabajo. Cuando más se vive, siendo viudo, viviendo sólo y habiendo trabajado en algún sector periférico del mercado de trabajo, crecen de forma drástica los riesgos de pobreza grave. Estos factores se comportan con más dureza en las mujeres viejas en comparación con los hombres viejos.

Teniendo en cuenta que los hombres se mueren antes que las mujeres y además tienden a casarse con mujeres más jóvenes que ellos, no resulta extraño en consecuencia que existan más viudas que viudos. Por término medio, alrededor de un 70% de los hombres mayores de 65 años viven con sus esposas, frente a un escaso 40% de las mujeres mayores de 65 años. Es decir, una gran parte de las mujeres mayores viven solas o con parientes, y con un mayor riesgo de pobreza; evidentemente, la tendencia de los hombres no es la misma.

En resumen, a medida que aumenta la cantidad de personas mayores se desarrollan proporcionalmente los estilos de vida diversos, de forma que resulta imposible e inadecuado realizar generalizaciones simples sobre sus creencias, sus sentimientos o su calidad de vida. En el próximo siglo, la sociedad no solo se verá afectada y elaborada por un sector muy amplio

de la población de mayores, sino que los efectos y procesos de ese fenómeno serán muy diversos y diferenciados, lo que hace más difícil su previsión y estudio.

DESINTEGRACION CONCEPTUAL

Con frecuencia, los sentimientos, las relaciones y las orientaciones que las personas manifiestan hacia determinados hechos sociales son difíciles de modificar; aún cuando esos hechos cambien y se transformen de forma importante, a veces la viejas actitudes se mantienen como si estuvieran petrificadas aunque ya no tengan mucho sentido. Cuando ocurre eso, la sociedad se defiende desintegrando en mil trozos los conceptos que representan al objeto de las actitudes; puede que estas se resistan al cambio, pero su objeto se desvanece lentamente o queda limitado a un núcleo muy reducido. Algo semejante ocurre con los viejos; resulta complicado alterar los estereotipos y prejuicios que la mayor parte de la población se ha forjado sobre ellos, sobre su fragilidad, invalidez o sobre su institucionalización. En compensación a esta rigidez persistente, se está produciendo en los últimos tiempos una creciente desintegración del concepto de vejez; aparecen nuevos términos para designar lo mismo o lo que es muy pareci-

do, se complican las clasificaciones de las edades avanzadas, se discuten los criterios subjetivos del sentimiento de vejez, y todo ello para evitar o reducir los clásicos prejuicios que en buena parte carecen ya de significado en la sociedad actual.

Este síndrome de desintegración conceptual se manifiesta, en primer lugar, por una confusión terminológica que facilita el desconcierto y la diversificación del fenómeno. En este caso, viejos, ancianos, mayores, tercera edad, constituyen parte del arsenal conceptual que designa a las personas mayores de 65 años. Modas y costumbres, que varían en poco tiempo, atribuyen a uno u otro término las mejores cualidades. Las últimas encuestas realizadas en España (De Miguel, 1994) establecen, en términos generales, un cierto orden de preferencia que comienza con «mayores», continúa con «tercera edad», seguida por «ancianos» y que finaliza con «viejos». En consecuencia, este último término sería el más despectivo, el reservorio de los estereotipos y prejuicios sobre esta etapa de la vida; por el contrario, «mayores» sería el ámbito del eufemismo actitudinal.

En la misma encuesta a la que hemos aludido anteriormente, la dirigida por Amando de Miguel (1994), existen otros elementos que ponen de manifiesto lo que nosotros designamos

como desintegración conceptual de la vejez. Por ejemplo, las razones para decir que una persona es vieja están encabezadas, como era de esperar, por la edad de las personas; pero en segundo lugar un 16% de la muestra se recurre al aspecto físico del individuo, seguido muy de lejos por su forma de pensar, sus capacidades físicas, intelectuales o su salud. La apariencia física, fuente y destino del narcisismo característico de nuestra época, constituye uno de los elementos centrales del diagnóstico de vejez, al margen de la edad. Pero el aspecto físico depende del momento, de la moda, del lugar social que se ocupa, del egocentrismo que desarrollamos; en definitiva, las razones para decir que una persona es vieja son muy relativas, variables y diversas.

Si recurrimos a los criterios subjetivos manifestados por la misma población de 65 y más años, en lugar de las opiniones externas de la población general, Amando de Miguel resalta tres juicios del sentimiento de vejez: cuando «no se vale para nada», «no se tiene ilusión» o «se tienen muchos años». Pues bien, la cantidad de años vuelve a ser, en términos generales, el último de los criterios empleados por los mismos viejos para sentirse como tales. Tanto por sexo como por edad, se tiende a utilizar la sensación de no servir para nada como el criterio principal de vejez, salvo en la clase social

alta donde predomina la falta de ilusión como sentimiento primordial de los mayores de 65 años para sentirse viejo. En cualquier caso, los años no constituyen la definición principal del envejecimiento, a pesar de ser el único criterio objetivo; sensaciones y sentimientos predominan sobre los aspectos meramente cronológicos.

Cuando nos centramos exclusivamente en la cantidad de años que tiene una persona, nos encontramos con una grandispersión en el criterio de vejez. Ante la pregunta «¿A qué años es vieja una persona?», los resultados de la encuesta a la que venimos aludiendo fluctúan ampliamente: el 17% opina que las personas son viejas entre los 61-65 años, el 18% piensa que los de 66-70 años y el 19% sitúa la vejez entre los 71-75 años. Como se puede observar, porcentajes muy similares que abarcan entre los 61 años y los 75 años. El criterio económico de utilizar los 65 años como inicio de la tercera edad, se fundamenta en el hecho de la jubilación; sin embargo, ese fenómeno no coincide ya con las opiniones de la población general, que puede dilatar la entrada en la vejez hasta, al menos, los 75 años.

Con todo, sigue siendo cierto en la actualidad que los períodos productivos iniciales de la vida de una persona son los más valorados todavía; entre los 20 y los 40 años se concentran los

períodos máximos de energía, crecimiento y desarrollo del ciclo vital, en términos muy generales, y en la medida en que todavía están de moda las normas industriales y modernistas de valoración. Sin embargo, a medida que evolucionan y penetran con más profundidad las raíces postindustriales, características de la sociedad de servicios y de la cultura postmoderna, los años productivos se dispersan en épocas diversas de difícil comparación, convirtiendo la vejez en un sentimiento y no tanto en un hecho objetivo relacionado exclusivamente con la edad.

Mayores, viejos, ancianos o de tercera edad, con diferencias importantes en su aspecto y forma físico, con mayores o menores sentimientos de valía personal y de ilusión, instalados en períodos de edad que recorren desde los 65 años hasta más de 80, además de las diferencias sociales correspondientes al sexo y a la clase social, estilo y calidad de vida, todo junto y en interacción produce una complejidad de la categoría social que se acerca mucho a lo que describíamos inicialmente como desintegración conceptual.

CONOCIMIENTO Y GENERACIONES

Por último, vamos a hacer referencia al cuarto factor de impacto de la vejez

sobre las sociedades futuras que, sin duda, es uno de los más sugestivos. En cada época, se introducen en la llamada tercera edad distintas generaciones de personas que se educaron juntas, pasaron por similares experiencias históricas y estructuraron su socialización con un conjunto de valores similares. Cuanto más peso tienen los sectores mayores de la población, también adquiere una mayor relevancia el conocimiento y la concepción del mundo y de la sociedad que transportan estos amplios grupos.

No se pueden poner en duda los sistemas institucionales de transmisión de la cultura y el conocimiento, como por ejemplo la información escrita, la literatura, el arte y, en general, las obras del hombre que perduran a través del tiempo. Y, bajo cierto punto de vista, menos en duda se pueden poner en la actualidad, cuando la información (al menos la información) se puede divulgar, emitir y almacenar mediante procedimientos electrónicos de alta velocidad y eficacia. Sin embargo, siempre fue necesario -y hoy continúa siéndolo- reservar un espacio importante al hombre mismo como vehículo de cultura y conocimiento; muchos opinaríamos que determinados aspectos de la cultura son irreductibles a la transmisión no humana. En cualquier caso, nadie parece negar la importancia del hombre y de las distintas generaciones en el

legado de la ciencia, cultura y conocimiento.

Si, por otro lado, tenemos en cuenta que en nuestras sociedades de tipo postindustrial los sistemas educativos se encuentran en crisis (Seoane, en prensa), poniendo de manifiesto cada vez con más claridad el fracaso de la educación, al margen de diferencias nacionales y legislaciones al uso, desde al menos los años 60, entonces adquiere cada vez más importancia el conocimiento y la experiencia acumulada en las distintas generaciones y que solamente podrá transmitirse mediante educación no formal. Actitudes, creencias y valores pertenecientes a épocas anteriores (Goertzel, 1993) llegan a desaparecer casi por completo de los sistemas institucionales de socialización, de forma que cuando se considera que sería necesario revitalizar parte de ellos el recurso principal lo constituye la gente mayor, aquella que fue formada y configurada por los sistemas creenciales necesarios. De esta forma, las distintas generaciones de gente mayor se convierten en uno de los procedimientos no electrónicos más preciados de almacenamiento de información.

En consecuencia con lo anterior, por tanto, resulta por momentos más interesante profundizar y analizar las creencias y los conocimientos de nues-

tras generaciones viejas, para así poder tener en cuenta los recursos que todavía poseemos y en qué medida podemos utilizarlos sabiamente. La clasificación de las distintas generaciones, su investigación psicohistórica, la previsión de las características de la gente mayor de épocas futuras y que todavía están ahora acumulando experiencias, constituyen una de las áreas de trabajo (Strauss y Howe, 1991) más apasionante de la socialización del futuro.

Por supuesto que no podemos ahora examinar más de cerca este campo, pero podemos dibujar algunas caricaturas a modo de ejemplo. En la Tabla 2 establecemos de forma absolutamente tentativa y discutible una mínima clasificación de generaciones, les aplicamos un nombre de forma representativa y apuntamos aproximadamente la época en que se introducirán en esa amplia y diversa época de la tercera edad.

Tabla 2. GENERACIONES VIEJAS

Generación	Nombre	Sociedad
1901-1925	Trágica	Finales siglo XX
1926-1945	Silenciosa	2001+
1946-1960	Baby Boomers	2020
1961-1980	Supervivientes	2040

Los viejos de nuestra época y, en general, de este final de siglo son los que aproximadamente nacieron en los primero 25 años del mismo; son los que sufrieron una o dos guerras mundiales y muchos de ellos algún conflicto local o civil. Tuvieron que reconstruir una buena parte de sus sociedades y reconfigurar su sistema

de valores ante los finales del industrialismo y el desarrollo acelerado de la tecnología. Por estas y otras razones, algunos los denominan la generación *Trágica*. Los que nacieron entre 1926 y 1945 serán las generaciones de mayores de comienzos del nuevo siglo; no vivieron directamente las grandes guerras, pero si el nuevo or-

den europeo que les siguieron, junto con la «guerra fría» y la lucha ideológica de los dos grandes bloques, así como el miedo nuclear; para algunos es la generación *Silenciosa*. Los nacidos entre 1946 y 1960 constituyen la extensa generación del *Baby Boom* que surgió de los países de la victoria y de la expansión económica; han conocido la desaparición de las ideologías, la caída del muro de Berlín, y el desarrollo de los planteamientos ecológicos, así como los inicios del SIDA; estarán por la tercera edad alrededor del 2020. Por último, los nacidos entre 1961 y 1980 constituyen nuestras generaciones más jóvenes, llamados a veces *Supervivientes* por la necesidad que tienen de superar el grave deterioro ambiental, el problema del paro, la crisis del estado del bienestar y las grandes emigraciones de la escasez. Cada una de estas distintas generaciones es sucesivamente más numerosa, está educada de forma diferente, tiene muy diversas expectativas y sus futuras aportaciones dependen, en parte, de algunos acontecimientos más o menos actuales todavía y, en parte, de los sucesos del próximo futuro.

Estudiar el conocimiento que transporta cada una de estas generaciones, su posible futuro impacto sobre la sociedad, sobre el conocimiento, la cultura, la política y sobre el papel histórico de cada país, es una de las

empresas intelectuales más sugestivas de la sociedades viejas.

CONCLUSIONES

El crecimiento de la población vieja, la diversidad de sus estilos de vida, la desintegración del propio concepto de vejez y el impacto del conocimiento sobre las generaciones de mayores son cuatro factores o, si se prefiere, cuatro perspectivas para enfocar la transformación de la sociedad a través de la penetración de la gente mayor en su cultura e instituciones. Por supuesto que existen más dimensiones o, al menos, otras formas de enfocar el mismo problema, pero todas conducen hacia la necesidad inevitable de un cambio de creencias y actitudes hacia las últimas y variadas etapas de la vida.

Plantear a estas alturas, por ejemplo, interrogantes del tipo «¿Qué hacemos con nuestros viejos?» es una de las formas más evidentes de demostrar que no estamos entendiendo nada de lo que está pasando. Los viejos no constituyen un problema, ni una carga para la sociedad, ni es cuestión de solidarizarse con ellos; el fenómeno con el que es necesario enfrentarse es con el que pone de manifiesto el envejecimiento de la sociedades occidentales, en mayor o menor grado. Nuestras sociedades se hacen viejas y esto

desde muchos puntos de vista; así, los modelos que hasta ahora utilizábamos para construir, entender y planificar nuestro mundo comienzan a no ser válidos, porque partían del supuesto contrario, el supuesto de la juventud y de las generaciones jóvenes como soporte y base general de la sociedad. Para intentar adaptar estos modelos necesitamos previamente un cambio de actitudes.

En un trabajo anterior decíamos (Seoane, 1993) que en la mentalidad de los viejos existen algunos elementos no sólo del pasado de nuestras sociedades, su memoria, sino también algunas características del posible futuro de las mismas. Una parte importante de las características de las sociedades actuales existían ya como proyecto en la cultura de nuestros mayores; es decir, las sociedades no son el producto del azar de cada momento sino que también son el resultado de planes y proyectos. Bajo este punto de vista, nuestros mayores no viven exactamente en la sociedad que ambicionaban y pretendían, pero tampoco en una sociedad completamente ajena a sus intenciones. En la memoria de nuestros mayores late una parte de la sociedad del futuro.

Siempre se ha dicho que el hombre occidental tiene una especial sensibilidad para la historia, a diferencia de otras culturas; en consecuencia, tie-

nen que ser capaz también de percibir su propio envejecimiento. En los próximos años veremos si estos prejuicios son verdaderos y si los occidentales sabemos adaptarnos con dignidad a la edad que tenemos, configurando nuestras creencias y nuestras sociedades en función del momento del ciclo vital en que nos ha tocado existir.

REFERENCIAS

- Butler R.N.(1987). Ageism. En *The Encyclopedia of Aging*. New York: Springer.
- De Miguel A.(1994). La Sociedad española, 1993-94. Madrid: *Alianza Editorial*.
- Goertzel T.(1993). Ciclos en la Psicología de Masas de la Conducta Electoral Americana. *Psicología Política*, 7, 63-84.
- Johnson J.-Bytheway B.(1993). Ageism. Concepto and definition. En *Ageing and Later Life*. Londres: Sage.
- Johnson P.-Falkingham J.(1992). Ageing and Economic Welfare. Londres: Sage.
- Seoane J.(1993). Las Viejas Creencias de la Sociedad Post. *Psicothema*,

vol. 5, Suplemento, pp. 169-180.

Seoane J.(en prensa). Perspectivas Sociales y Políticas de la Educación en el Final de Siglo. En C.Genovard et al., *Psicología de la Instrucción*. Madrid: Sistemas.

Strauss W.-Howe N.(1991). Generations. The History of America's Future, 1584 to 2069. New York: William Morrow.

Thompson E.H.(1994): Older Men's Lives. Thousand Oak, CA: Sage.